

Tres esbozos

Mausoleo

Corazón de rey. Médula de un alto
árbol soberano. Fruto o bálsamo.
Dorada nuez cordial. Amapola-urna
en medio de la mediana construcción,
(donde el eco surge
como una astilla del silencio,
si tú te mueves,
pues pareciera
que tu anterior actitud
fuese demasiado sonora...)
sustraído a los pueblos
amigo de las estrellas,
en los círculos invisibles
gira el corazón del rey.

¿Dónde está, adónde se fue
el de su grácil
amada?
Sonrisa, desde afuera,
en la redondez vacilante
de los frutos serenos;
o de la polilla, tal vez,
objeto precioso, ala de crespón, tacto...

¿Pero dónde, dónde, el que ella cantaba,
el que ella cantaba en lo uno,
el corazón del poeta?
Viento
invisible,
interior del viento.

Muzot, octubre 1924

URNA, ovario de la amapola—,
oh y las ligeras, las rojas
hojas que su viento arrebatara sin saber...

¡Como los hijos del hijo!
Todos, siempre que hayan sido superados,
cada uno aisladamente, inciertos.

Y ahí el tiempo se precipita con ellos en lo profundo;
¿qué queda de los precipitados?

Una imagen descolorida y cartas amarillentas
y en el que aún vive lo que nadie puede describir.
Lo indecible, que nosotros lloramos infinitamente...

No como corza y gacela,
que serenamente reaparecen en el animal futuro,
tan seguras como antes.

Nuestra posesión es la pérdida. Cuanto más audaces y puros
perdamos, mejor.

Muzot, final de octubre de 1924

VEN TÚ, el postrero, a quien reconozco,
temible dolor en el tejido del cuerpo:
como llegué a arder en el espíritu, mira, ardo
ahora en ti; la madera se ha opuesto largo tiempo
a acoger la llama que tú enciendes,
pero ahora te alimento y ardo en ti.

Mi existencia aquí apacible vendrá a ser,
con tu furor, un furor del infierno, no de aquí.
Enteramente puro y sin un plan, libre del futuro,
subí a la tortuosa hoguera del sufrir,
sabiendo que no podría comprar nada futuro
en este corazón donde toda provisión callaba.
¿Soy todavía ese que arde, irreconocible?
No arrastro hacia adentro a los recuerdos.

O vida, vida: estar afuera.
Y yo en la llama. Sin nadie que me conozca.

[Renuncia. No es como las enfermedades
en la infancia. Dilación. Pretexto para
hacerse mayor. Todo maduraba y susurraba.
No mezcles en eso lo que entonces te sorprendía]

*(Val-Mont, hacia mediados de diciembre 1926:
última inscripción en el último cuaderno)*